

# Mi casa

Valentina Cano Vélez

Image not found.

# Capítulo 1

## Mi casa

Los pueblos son esos lugares chiquitos en los que no hay nada, pero en los que uno tiene casi todo. Aquí, lo tengo todo, hasta lo que ya no quiero. Tengo de música de fondo en mis mañanas niños cantando "Buuuuuuuñueeeeeelos calieeeeeenteeees", tengo vacas que me saludan mientras paseo en la bici hacia la universidad, tengo una montaña enorme de vecina, se llama Mont Blanc, y si paso por el solar a regar el orégano y la manzanilla, ella se asoma en frente y me dice hola, me dice que está cansada de estar ahí quieta, que quiere sacudirse un tris. Tengo un vendedor de aguacates en la esquina que ya sabe mi nombre y es lo único que dice cuando me ve. Tengo mango biche con sal en el parque. Tengo ríos donde quiera, arriba y abajo, grandes y chiquitos, fríos y profundos, llenos de piedras y llenos de gente. Tengo gente que va al río cuando quieren comerse un sancocho. Tengo cono de ochocientos y pastel de arequipe de seiscientos. Tengo empanadas de iglesia y tengo tinto a quinientos. Tengo pintores, bailarines, actores, cantantes y borrachos de calle; los que dan los mejores conciertos, Clara Gallo y Wilmar, Carnaval, quién mejor me caía ya se fue. Tengo domingos a las 9 a eme que huelen a campesinos, a cantina en su hora feliz, a carnicería con perritos callejeros esperando la ración, a trabajadores con las uñas llenas de jornal, llenas de querer comprar el estrén o ir por una chica a pasar una hora muy feliz mientras esperan que el patrón les pague la semana. Por eso es difícil dejarlos, y por eso parece más difícil que puedas encontrar algo que te retenga en otro teléfono fijo. Yo he sido 841 desde que tengo memoria, algún día seré 562 o 446 y me sentiré triste como un soldado traicionando su bandera.

Vi a muchos perderse en La Eterna en un intento de camuflaje por supervivencia; yo me ato el pueblo en la garganta cuando la visito como acto de rebeldía, para no olvidarme de donde salí, sé cómo llegar, como una canción aprendida de memoria, porque si me olvido no puedo volver.

Una vez mi abuelo me dijo que existen los lugares y los no-lugares. Los lugares son esos en los que algo te pasó, los que puedes unir con tus historias. Los no-lugares son todo lo contrario; son espacios sin magia, sin corazón, sin historias.

La Eterna a veces para mí es un no-lugar. Un Neptuno lejano. Quitá, y duele hasta que te das cuenta que es un trueque; a cambio, ganas eso de empezar a quererte un poco; pasa mientras haces filas en el banco, un poco más en cada sala de espera, mientras tomas el metro al revés y te bajas sin saber dónde putas estás y ya no puede venir mamá a buscarte, mientras te sientes como un culo pero no llamas a nadie como lo harías en el pueblo, porque te atracan y si te escuchan se va a dar cuenta toda la

ciudad, mientras te dejan y vuelves llorando a un lugar en el que no hay nadie que te reciba y te diga que todo va a estar bien y te dé una sopa; y cuando apenas te das cuenta, solo te quedan ratos de débil en los que armas una maleta en dos segundos y corres al primer bus que te lleve al sí-lugar donde puedes jugar a ser todo eso que ya no eres. Porque la niñez, la adolescencia, la adultez, no son edades, son sensaciones, son sabores; y el pueblo tiene sabor a helado de chicle que te deja la lengua azul, a lo que conocemos y no nos asusta, a la esquina del mapa donde nada malo puede pasarnos. El pueblo es ese novio de la guardería que nunca va a lastimarnos, y lo dejamos por eso mismo, para irnos con otro que nos asuste, que nos haga mierda de vez en cuando, que nos sacuda en la hora pico, porque de ese vamos a aprender algo, no sabemos bien qué. Y cuando estemos con el mal novio pasándola una completa mierda, nos vamos a acordar del bueno, de ese con el que no quisimos quedarnos porque nos quedaba chiquito.

Y así vivimos, a medias, siempre a medias y siempre con la duda. Siempre volvemos.